

Quien lucha, de todo se abstiene

En 1 Corintios 9: 24-25, el apóstol Pablo hace una interesante comparación entre los atletas que luchan para obtener un premio en el mundo y aquellos que luchan para obtener el premio eterno, y dice: «Todo aquel que lucha, de todo se abstiene». Luchar y abstenerse son dos consejos fundamentales del apóstol, pero, ¿cómo podemos mejorar nuestra relación con Dios siguiendo estos dos principios de luchar y abstenernos? A continuación, compartiré cinco prácticas fundamentales para luchar legítimamente y mantenernos en la carrera espiritual.

1. Practicar una vida de oración provechosa.

En el mandato: «Oren sin cesar» (1 Tes. 5: 17, RVC), tenemos el primer deber de cada hijo de Dios. La oración no solo nos alimenta, sino que nos mantiene conectados con nuestro Padre eterno. Elena G. de White lo declara de la siguiente manera: «Nuestra única seguridad consiste en orar en secreto, orar mientras trabajamos, orar mientras caminamos, orar en la noche, tener los pensamientos siempre elevados hacia Dios» (*A fin de conocerle*, p. 254).

2. Practicar una vida de devoción personal dinámica.

«Las Escrituras [...] dan testimonio de mí» (Juan 5: 39). La única manera de conocer la voluntad de Dios en nuestra vida espiritual es por medio de la lectura devocional de la Biblia. La pluma inspirada de Elena G. de White nos recuerda: «El primer y más alto deber de toda criatura racional es el de escudriñar la verdad en las Sagradas Escrituras y luego andar en la luz [...]. Día tras día deberíamos estudiar diligentemente la Biblia, pensando cada pensamiento y comparando texto con texto» (*Maranata: El Señor viene*, p. 384).

3. Asistir fielmente a la iglesia.

«No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre» (Heb. 10: 25). Cuando nos congregamos, nos estamos educando para la eternidad. Elena G. de White, dice: «Dios enseña que debemos congregarnos en su casa para cultivar los atributos del amor perfecto. Esto preparará a los moradores de la tierra para las mansiones que Cristo ha ido a preparar para todos los que lo aman» (*Testimonios para la iglesia*, t. 6, p. 369).

4. Compartir la fe.

El cristiano comprometido con Dios «no puede dejar de decir lo que ha oído y lo que ha visto» (Hech. 4: 19-20). Elena G. de White asegura que «el que está convertido [...] no puede estar tranquilo hasta hallarse ocupado en la obra de ganar almas para Cristo. [...] Se despierta en su corazón el espíritu misionero [...] en armonía con su fe» (*Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática*, sec. 3, p. 66, adaptado).

5. Ser mayordomos fieles (Mal. 3: 10).

Esta es la prueba máxima de nuestra fe, ser fieles mayordomos del reino eterno. «Defraudar a Dios es el delito más

grande que un hombre pueda cometer; y sin embargo este pecado está muy arraigado y extendido [...]. Apresúrense, hermanos y hermanas, en devolver a Dios un diezmo fiel, y en llevarle también ofrendas de agradecimiento voluntarias» (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, cap. 17, p. 91).

Pr. Eliseo Castillo Fernández,
Pastor del Distrito Valle de Ángeles I
Asociación Central de la Unión
de Honduras